

**COLECCIÓN  
LA MUJER CÍCLOPE**





# SUEÑOS

## FRANZ KAFKA

TRADUCCIÓN DE IVÁN DE LOS RÍOS



errata naturae

# Índice

Prólogo de los editores	9
Sueños	13
Listado de sueños	97



## Prólogo de los editores

FRANZ KAFKA ERA UN HOMBRE que dormía poco. Poco y mal. Sufría horas interminables de insomnio que solían terminar con un sueño furioso. En sus diarios encontramos constantes entradas en las que se queja tanto de las noches en blanco como de las horas en las que sí es capaz de dormir, y en las que, según anota reiteradamente, «no dejo de soñar, lo cual resulta si cabe más agotador que permanecer despierto». Tantas noches, según escribe en un momento quizás de desesperación, «desperdiciadas con sueños delirantes». ¿Desperdiciadas? Tal fue el agotamiento que le llevó a utilizar este verbo... Porque Kafka sabía muy bien que los sueños —o al menos los suyos— nada tienen que

ver con el orden de los desperdicios, las sobras, lo excrementicio. Todo lo contrario.

Sigmund Freud pensaba que la pantalla mental en la que se despliega el sueño conforma un escenario poco o nada propicio para el acto creativo. Para el padre del psicoanálisis los sueños eran una mera superficie de grabación en la que era posible registrar los movimientos y las síntesis del inconsciente. Así, el sueño funcionaría como una suerte de celuloide inmaterial y fragmentario, cuyos cortes se unirían como los de un montaje cinematográfico pero, a diferencia de lo que suele ocurrir en una película, la clave simbólica y explicativa del sueño se hallaría necesariamente ausente de su propia narración. Para entender nuestro sueño sería necesario levantar el teléfono, concertar la cita, tomar el autobús, llegar hasta el gabinete, tumbarse en el diván. Allí tendría lugar la interpretación y, también, la donación, siempre externa, del sentido y la cura.

Para Kafka, sin embargo, los sueños eran otra cosa. O servían para otra cosa. La propuesta psicoanalítica, que conocía bien, no le interesaba y eso le permitió adentrarse en un territorio salvaje donde Freud nunca puso un pie. Tal como propone con lucidez el filósofo y psicoanalista Félix Guattari, Kafka renunciaba expresamente a *interpretar* sus sueños, siempre

que por interpretar entendamos, muy cerca del origen etimológico, *traducir* sus sueños: del «lenguaje» del inconsciente al de la razón, del turbio sinsentido al nívoo conocimiento. Por el contrario, Kafka prefería recopilar las figuras e ideas absolutamente singulares y extrañas a todo desarrollo lógico que aparecían en sus sueños y, en lugar de someterlas a la hermenéutica del domador y al aro del concepto, las dejaba proliferar y amplificarse libremente, hablando su propio «lenguaje». Daba comienzo así a un proceso creativo que, partiendo del imaginario onírico, se enfrentaría al orden establecido y férreo de los significados. ¿Es este proceso, esta máquina abstracta, la que produce en última instancia eso que llamamos «lo kafkiano»? Dejemos esta pregunta para los especialistas. No cabe duda, sin embargo, de que son estas figuras e ideas rescatadas de los sueños las que se reencuentran una y otra vez y bajo múltiples formas mutantes en las novelas y los relatos de Franz Kafka. Por tanto, es necesario pensar que la transcripción de estos sueños realizada por Kafka de forma dispersa a través de diarios, cartas, cuadernos y legajos —y que aquí se presenta por primera vez de forma unificada y completa— constituía mucho más que un mero reclamo para la inspiración del escritor. Estas transcripciones eran para Kafka un



verdadero instrumento de escritura y son hoy, para los lectores e investigadores, una herramienta fundamental para el análisis de su obra.

\*\*\*

Este volumen es una antología de los sueños de Franz Kafka transcritos por el propio autor a lo largo de su vida y que se encuentran dispersos en su amplia obra: diarios, cartas, cuadernos, legajos, narraciones, etc. Para esta ocasión han sido compilados, ordenados cronológicamente y numerados. El lector encontrará la referencia a los textos originales donde se localiza cada uno de los sueños en el listado que aparece al final del libro.

Sueños



## 1

Le pedía en sueños a la bailarina Eduardowa que volviera a bailar la *czarda*. Tenía una gruesa línea de sombra o luz en mitad del rostro, entre el borde inferior de la frente y la mitad de la barbilla. En ese mismo instante, un individuo con los repugnantes movimientos típicos del intrigante inconsciente, llegaba para decirle que el tren estaba a punto de salir. Por el modo en que ella recibía la noticia, yo comprendía aterrado que no volvería a bailar. «Soy una niña mala y traviesa, ¿verdad?» —decía—. «Oh, no», —decía yo— «eso no», y me giraba en una dirección cualquiera con la intención de marcharme. Antes de hacerlo, le preguntaba por las numerosas flores que llevaba prendidas en el cinturón. «Me las han dado todos los príncipes de Europa» —decía—. Yo me quedaba reflexionando sobre el sentido que podría tener que todos los príncipes de Europa le hubieran regalado a la bailarina Eduardowa aquellas flores frescas que llevaba prendidas en el cinturón.

## 2

Noche en vela. La tercera consecutiva. Me duermo bien, pero al cabo de una hora me despierto como si hubiera metido la cabeza en el agujero equivocado. Estoy completamente espabilado, con la sensación de no haber dormido en absoluto o de no haberlo hecho más que bajo una fina membrana, de nuevo me espera el esfuerzo de caer dormido y me siento repelido por el sueño. A partir de ese momento y hasta eso de las cinco de la mañana, toda la noche se desarrolla del mismo modo, consigo dormir pero me despiertan continuamente sueños intensos. Duermo literalmente *a mi lado*, mientras debo pelear a golpes con mis propios sueños. A eso de las cinco, la última huella de la somnolencia ha desaparecido y entonces no hago más que soñar, lo cual resulta más agotador que el propio insomnio. En resumen, paso la noche entera sumido en el estado en el que cualquier hombre sano se encuentra momentos antes de dormirse del todo. Cuando despierto, los sueños se agolpan a mi alrededor, pero me cuido bien de examinarlos. Al amanecer suspiro sobre la almohada, sabiendo que, por esta noche, toda esperanza ha desaparecido. Pienso en todas aquellas noches a cuyo término me parecía ser extraído del sue-

ño más profundo y despertaba con la sensación de haber estado encerrado en una nuez.

### 3

Esta noche he tenido una visión terrible, una niña ciega, al parecer la hija de mi tía de Leitmeriz, la cual, por cierto, no tiene hijas sino únicamente hijos, uno de los cuales se rompió el pie hace ya algún tiempo. Sin embargo existía algún tipo de relación entre esta niña y la hija del Doctor Marschner, la cual, como he podido comprobar últimamente, está a punto de dejar de ser una niña preciosa para convertirse en una muchachita gorda vestida con trajes tiesos. Esta niña ciega o corta de vista tenía los ojos cubiertos por unas gafas, el izquierdo, bastante alejado de la lente, era un ojo saltón de color gris lechoso, el derecho estaba hundido y cubierto por una lente que se le ajustaba demasiado. Para que esta lente estuviera colocada correctamente desde el punto de vista óptico, en lugar de la patilla que suele colocarse por encima de la oreja, era necesario emplear una palanca cuyo punto de apoyo no podía ser afianzado más que en el pómulo, de modo que una varilla bajaba desde la lente

hasta la mejilla, desaparecía allí en la carne agujereada y terminaba en el hueso, mientras otra varilla de alambre emergía para retroceder y extenderse por encima de la oreja.

#### 4

El sueño de esta noche, un sueño que ni siquiera a primera hora de la mañana me pareció hermoso, a excepción de una pequeña escena cómica compuesta por dos réplicas que me produjo un inmenso placer onírico y que, sin embargo, he olvidado.

Caminaba —no recuerdo si Max me acompañaba desde el principio— a lo largo de una larga hilera de casas a la altura del primer o del segundo piso, del mismo modo en que se pasa de un vagón a otro en los trenes de largo recorrido. Caminaba muy deprisa, quizás porque a veces la casa parecía tan frágil que uno tenía que apresurarse. Las puertas entre las casas no me llamaban la atención en absoluto, se trataba más bien de una serie de habitaciones, y, sin embargo, no se apreciaban únicamente las diferencias entre las viviendas particulares, sino también entre los edificios. Puede que no atravesara más que simples habitaciones con camas.

Se me ha quedado grabada en la memoria una cama típica situada a mi izquierda junto a una pared oscura o sucia, abuhardillada quizás, torcida, y una cama con una pila de sábanas encima y cuya colcha, que en realidad no era más que un lienzo grueso amontonado allí por los pies del durmiente, colgaba de una de las esquinas. Me daba vergüenza atravesar aquellas habitaciones a una hora en la que todos seguían acostados; por eso caminaba de puntillas, a grandes pasos, esperaba demostrar con ello que atravesaba aquellas habitaciones contra mi voluntad, que no pretendía causar la menor molestia, que mi paso por allí no tenía literalmente la menor importancia. Por ello, en ningún momento giré la cabeza en la misma habitación y sólo miraba hacia la derecha, para ver lo que había en la calle, o hacia la izquierda, en dirección a la pared del fondo.

La hilera de pisos se veía a menudo interrumpida por burdeles que yo atravesaba con especial celeridad, aunque lo cierto es que esos mismos burdeles parecían ser la razón de mi presencia allí, hasta el punto de no recordar ninguna otra cosa. La última habitación de todos los pisos era otro burdel, y allí me quedé. La pared situada frente a la puerta por la que entré, es decir, la última pared de la hilera de casas, o era de cristal o estaba reventada, y sin duda me



habría precipitado al vacío de haber proseguido mi camino. Lo más probable es que estuviera reventada, porque las prostitutas estaban tendidas en el extremo del suelo. Veía con claridad a dos de ellas, echadas en la tierra, a la primera le colgaba un poco la cabeza hacia fuera, desde el borde, cayendo hacia el vacío. A la izquierda había una pared sólida, la pared de la derecha, en cambio, estaba incompleta, podía verse el patio abajo, aunque no hasta el suelo, y una escalera gris desmoronada bajaba hasta allí en diversos tramos. A juzgar por la luz en aquella habitación, el techo era igual en todas las restantes. A mí me interesaba principalmente la prostituta que tenía la cabeza colgando, a Max la que estaba tumbada a su izquierda. Palpaba sus piernas y me detenía en sus muslos, apretándolos a intervalos regulares. Al hacerlo, sentía tanto placer que me sorprendía que no fuera necesario pagar por aquel entretenimiento, el más maravilloso de todos. Estaba convencido de que yo (y nadie más que yo) estafaba al mundo entero. En ese momento, la prostituta, con las piernas inmóviles, erguía el torso y me daba la espalda, cubierta para mi espanto de grandes círculos rojos como el lacre, con los bordes pálidos, y entre ellos salpicaduras rojas desperdigadas. Entonces me daba cuenta de que todo su cuerpo estaba lleno de ellas,

que mis pulgares, apoyados sobre sus muslos, presionaban aquellas manchas y que mis dedos también estaban cubiertos de esas partículas rojas que parecían proceder de un sello de lacre destrozado.

Retrocedía hasta un grupo de hombres que parecía estar esperando junto a la pared, cerca de la boca de la escalera, en la que había un cierto trasiego. Esperaban como esperan los hombres de campo que se reúnen los domingos por la mañana en la plaza del mercado. De modo que también allí era domingo. En este caso, se representaba una curiosa escena en la que un hombre, al que Max y yo teníamos buenas razones para temer, se marchaba, después subía la escalera, se acercaba a mí y, mientras Max y yo esperábamos asustados una terrible amenaza por su parte, me formulaba una pregunta ingenua hasta el ridículo. Luego me quedaba allí, de pie, mirando a Max con preocupación, que se sentaba sin miedo en un lugar cualquiera a la izquierda del local y se tomaba una espesa sopa de patata de la que asomaban patatas parecidas a enormes globos, sobre todo una de ellas. Max las aplastaba con una cuchara, quizás con dos cucharas, o se limitaba a darles vueltas.

## 5

Hoy he soñado con un asno parecido a un galgo que se movía con enorme discreción. Lo observaba con detenimiento porque era consciente de la rareza de la visión, pero sólo recuerdo sus pequeños pies de hombre, que me disgustaban por su longitud y simetría. Yo le ofrecía unas ramitas frescas de ciprés de color verde oscuro que me había dado una anciana de Zúrich (toda la escena se desarrolla en Zúrich), pero el asno las rechazaba, como mucho las olisqueaba; sin embargo, cuando dejaba las ramitas sobre una mesa se las comía todas, hasta el punto de que sólo quedaba de ellas una semilla apenas reconocible parecida a una castaña. Más tarde alguien comentaba que el asno nunca había caminado a cuatro patas, que siempre se había mantenido erguido como un ser humano, enseñando su barriguita y su pecho plateado y brillante. Pero en realidad eso no era cierto.

## 6

He soñado con un inglés al que conocía en una asamblea parecida a la celebrada en Zúrich por

el Ejército de Salvación. Había pupitres como en la escuela y debajo del tablero, además, un cajón abierto; al echar mano a su interior para ordenar algo, me fascinaba la facilidad con la que se hacen amigos en el curso de un viaje. Me refería al inglés, naturalmente, que poco después se acercaba a mí. Llevaba un traje claro y holgado en muy buen estado, únicamente la parte trasera de los brazos, en lugar del mismo material que el resto del traje, o al menos cosido sobre él, tenía una tela gris y ajada, ligeramente desprendida, desgarrada a tiras, como punteada de arañas, que recordaba tanto a los apliques de cuero en los pantalones de montar como a los parches en las mangas de las costureras, las dependientas, las oficinistas. Su rostro estaba igualmente cubierto por una tela gris con habilidosos cortes para la boca, los ojos, probablemente también para la nariz. No obstante, se trataba en este caso de una tela nueva, afelpada, como de franela, flexible y suave, de exquisita fabricación inglesa. Me gustó tanto todo aquello que estaba ansioso por conocer al hombre en cuestión. También él quería invitarme a su casa, pero como yo debía partir dos días más tarde, todo quedó en agua de borrajas. Antes de abandonar la asamblea, el hombre se puso algunas prendas más de vestir, en apariencia muy prácticas que, una

vez abrochadas, le hacían pasar completamente desapercibido. Aunque no pudo conseguir que visitara su casa, me pidió que lo acompañara hasta la calle. Le seguí, permanecimos frente al local en el que se había celebrado la asamblea, en el borde de la acera, yo abajo, él arriba, y después de hablar un rato volvimos a darnos cuenta de que la invitación no saldría adelante.

## 7

Soñé que Max, Otto y yo teníamos la costumbre de hacer las maletas en la estación. Un ejemplo: atravesábamos el vestíbulo principal con nuestras camisas hasta llegar a nuestras maletas, que se encontraban a cierta distancia. Aunque todos parecían tener la misma costumbre, a nosotros no nos daba buen resultado, sobre todo porque empezábamos a empaquetar las cosas muy pocos minutos antes de que saliera el tren. En consecuencia, nos sentíamos naturalmente alterados y apenas teníamos esperanzas de coger el tren a tiempo, y menos aún de encontrar buenos asientos.

Soñado anteayer: un teatro... a veces yo estaba arriba, en el gallinero, y otras abajo, sobre el escenario; una chica a la que de buena gana hubiera seducido hace un par de meses estaba actuando, tensaba su cuerpo flexible presa del terror mientras se agarraba al respaldo de una silla; yo señalaba con el dedo a la chica desde el gallinero, estaba interpretando el papel de un hombre. A mi acompañante no le gustaba. En uno de los actos, el decorado era tan enorme que no se veía nada más, ni el escenario, ni la sala, ni la oscuridad, ni las candilejas; todos los espectadores se amontonaban sobre el escenario, que recreaba la plaza de la Ciudad Vieja, probablemente vista desde la desembocadura de la calle de San Nicolás. A pesar de que, por esta razón, la plaza que está frente al reloj del ayuntamiento y la plaza Pequeña no deberían verse, se consiguió que fueran visibles mediante pequeños giros y oscilaciones del escenario, de modo que, por ejemplo, desde el palacio Kinsky podía divisarse la plaza Pequeña. Esto no tenía otra finalidad que la de mostrar el decorado al completo, en toda su plenitud, puesto que habría sido una verdadera lástima perderse el más mínimo detalle. Un decorado que, como entendí con claridad, era el

decorado más bello de todos los tiempos y de todos los lugares del mundo. La iluminación estaba definida por nubes oscuras, otoñales. La luz de un sol tamizado brillaba dispersa aquí y allá sobre los cristales tintados de las ventanas en la esquina suroeste de la plaza. Al tratarse de una reproducción a escala natural, fiel hasta en sus detalles más nimios, el hecho de que, gracias a la enorme altura de los edificios, algunos de los batientes de las ventanas se abrieran y cerraran a golpe de un viento sobrio sin hacer el menor ruido, provocaba una impresión extraordinaria. La plaza estaba notablemente inclinada, el adoquinado casi negro, la Iglesia de Tyn en su lugar, si bien frente a ella había un pequeño palacio imperial en cuyo patio delantero se acumulaban todos los monumentos que habitualmente están en la plaza: el pilar de la Virgen, la vieja fuente frente al ayuntamiento que nunca he visto con mis propios ojos, la fuente frente a la iglesia de San Nicolás y una valla de tablones que han colocado recientemente en torno a la excavación para el monumento a Hus.

Lo que se estaba representado —en la sala, y más aún sobre el escenario y entre bastidores, se nos olvidaba a menudo que estábamos contemplando una representación— era una fiesta imperial y una revolución. La revolución,

con la muchedumbre popular avanzando y retrocediendo en la plaza, era tan grandiosa como probablemente nunca llegó a serlo en Praga; la habían trasladado a Praga a causa del decorado, pero en realidad pertenecía a París. En un primer momento, no se veía nada de la fiesta, la corte se había marchado a una fiesta en sus carruajes y, entretanto, la revolución había estallado, el pueblo había invadido el palacio, yo mismo corría por encima de las fuentes que había en el patio delantero hacia un lugar más relajado, la corte no regresaría al palacio nunca más. Entonces llegaban los carruajes de la corte por la calle Zelezná, iban a tal velocidad que debían comenzar a frenar mucho antes de la entrada y continuaban deslizándose por el pavimento con las ruedas bloqueadas. Los carruajes eran de esos en los que se representan escenas vivientes, parecidos a los que se ven en las fiestas populares y en las cabalgatas, planos, por tanto, rodeados por una guirnalda de flores y con una tela de colores extendida sobre el suelo del vehículo cubriendo las ruedas. Todo ello contribuía a aumentar la conciencia del terror provocado por la velocidad. Los caballos, que se encabritaron frente a la puerta de entrada, remolcaban a los coches de un modo casi inconsciente dibujando un arco desde la calle Zelezná hasta el palacio. En



ese momento, numerosas personas pasaban corriendo junto a mí en dirección a la plaza, espectadores en su mayor parte, a quienes yo conocía de haberlos visto en la calle y que quizás acabaran de llegar. Entre ellos había también una chica a la que conozco, pero no sé cuál; a su lado caminaba un joven elegante vestido con un gabán a cuadros amarillo ceniciento, la mano derecha oculta en el bolsillo. Caminaban en dirección a la calle San Nicolás. Después no vi nada más.

## 9

Domingo. Sueño: en el teatro. Representación de *Das weite Land* [La región infinita] de Schnitzler, en versión de Utitz. Estoy sentado en un banco muy cerca del escenario, al principio creo que se trata de la primera fila pero al final resulta ser la segunda. El respaldo del banco está mirando al escenario, de manera que uno puede ver fácilmente a los espectadores, mientras que es necesario girar el cuello para contemplar la escena. El autor está a mi lado, no puedo reprimir mi valoración negativa de la obra, que por lo visto ya conozco, si bien, a modo de compensación, añado que, «según

parece», el tercer acto es divertido. Con este «según parece» quiero decir que, si se habla de los buenos pasajes, yo desconozco la obra y sólo puedo fiarme de lo que he oído sobre ella; por eso repito el comentario, para que lo oigan todos, aunque lo cierto es que nadie me presta atención. Una turba de gente se agolpa a mi alrededor, todos vestidos con ropas de invierno, de modo que apenas caben en sus propios asientos. Gente a mi lado, detrás de mí, gente a la que no veo me dirige la palabra, señalan con el dedo a los recién llegados, dicen sus nombres, me llama particularmente la atención un matrimonio que trata de abrirse paso a lo largo de una de las filas, la mujer tiene un rostro de color amarillo oscuro, un rostro masculino, de nariz larga y, además, hasta donde puede distinguirse algo entre la multitud desde la que emerge su cabeza, lleva ropa de hombre; a mi lado está Löwy, el actor, moviéndose con extraordinaria libertad, aunque no se parece al verdadero Löwy en absoluto, y emite discursos agitados en los que se repite la palabra *principium*. Yo espero todo el rato a que aparezca la expresión *tertium comparationis*, pero no aparece. En un palco del segundo piso, en realidad en una de las esquinas del gallinero, a la derecha mirando desde el escenario, que allí se prolonga hasta los palcos,

está cierto tercer hijo de la familia Kisch. Está detrás de su madre, a su vez sentada, y habla dirigiéndose al teatro, vestido con una hermosa levita cruzada con los faldones desplegados. Existe una relación entre los discursos de Löwy y estos discursos. Entre otras cosas, Kisch apunta con el dedo hacia la parte más alta del telón y dice que allí está sentado el alemán Kisch, con ello se refiere a mi compañero de colegio, que estudió filología alemana.

Cuando se alza el telón y el teatro comienza a oscurecerse, Kisch, como queriendo dejar claro que pensaba esfumarse de todos modos, asciende con su madre por el gallinero y vuelve a desaparecer con los brazos, la levita y las piernas siempre muy desplegados.

El escenario está situado ligeramente por debajo de la sala de espectadores, el público mira hacia abajo, con la barbilla apoyada en el respaldo. El decorado lo forman principalmente dos columnas gruesas y bajas en mitad del escenario. Se representa un banquete en el que participan chicas y chicos jóvenes. Apenas puedo ver la escena porque, a pesar de que en los primeros compases mucha gente ha abandonado la primera fila para situarse detrás del escenario, las muchachas que se han quedado me tapan la vista con sus sombreros grandes, planos, azules casi todos, trasteando y

moviéndose de un lado a otro por toda la fila. No obstante, lo que sí veo con total claridad sobre el escenario es a un niño de entre 10 y 15 años. Lleva el pelo seco, peinado a raya, acaban de cortárselo. Ni siquiera sabe ponerse aún la servilleta en el regazo, para hacerlo debe mirar hacia abajo con mucha atención y se supone que en esta obra tiene que representar a un hombre de mundo. Después de contemplar semejante imagen, pierdo la confianza en este teatro. El grupo que está sobre el escenario espera ahora a varias personas que descienden desde las primeras filas. Pero la obra tampoco está bien ensayada. Sin ir más lejos, de repente aparece una actriz, de nombre Hackelberg, y un actor reclinado en su sillón se dirige a ella con aire distinguido y la llama «Hackel», se da cuenta de su error y se corrige. Ahora llega la chica a la que conozco (creo que se llama Frankel), se sube a mi asiento por encima del respaldo, puedo ver su espalda completamente desnuda mientras trepa, la piel no es del todo nítida e incluso tiene una zona arañada y amoratada en la parte superior de la cadera derecha, una marca del tamaño del pomo de una puerta. Pero una vez subida al escenario, cuando se gira hacia nosotros con la cara limpia, lo cierto es que actúa verdaderamente bien. Ahora debería acercarse al galope un jinete cantando,

un piano imita el ruido de los cascos, se oye el canto tormentoso cada vez más cerca, por fin veo también al cantante, quien, para otorgar al canto la prominencia natural del que se aproxima a toda velocidad, corre a lo largo del gallinero en dirección al escenario. Todavía no ha llegado al escenario ni al final de la canción y, sin embargo, ya ha alcanzado el máximo de su velocidad y de su potencia en el canto, el piano tampoco es capaz de imitar ya los cascos del caballo sobre el empedrado. De modo que ambos desisten y el cantor se aproxima cantando apaciblemente, pero se hace tan pequeño que sólo su cabeza sobresale por encima de la barandilla del gallinero, de modo que no se le ve con claridad. Así acaba el segundo acto, pero el telón no baja y el teatro permanece a oscuras. Hay dos críticos sentados en el suelo del escenario que escriben con la espalda apoyada en uno de los decorados. Un dramaturgo o director de teatro con la barba rubia y respingona sube de un salto al escenario, suspendido en el aire alarga una mano para dar una indicación, en la otra lleva un racimo de uvas procedente de un frutero del banquete y come un poco de él. Cuando me giro de nuevo hacia la sala veo que está iluminada con lámparas de petróleo muy simples, dispuestas, como en las calles, sobre soportes de brazos también muy simples

que, naturalmente, apenas arrojan luz. De repente, la impureza del petróleo o algún defecto en la mecha provoca un fogonazo en una de las lámparas, haciendo que un buen montón de chispas caiga sobre los espectadores, que forman una masa negra como la tierra en cuyo interior el ojo humano es incapaz de distinguir a unos individuos de otros. De la masa emerge un hombre, camina literalmente sobre ella en dirección a la lámpara, seguramente quiere arreglarla, pero antes la contempla, se queda de pie un rato a su lado y después, como si nada hubiera pasado, vuelve a su asiento y se hunde en él. (Yo me confundo con él e inclino el rostro hacia la negrura).

## 10

Sueño con un cuadro, al parecer de Ingres. *Las muchachas en el bosque de los mil espejos* o más bien: *Las vírgenes*, etc., etc. Estaban agrupadas y vestidas con ropas vaporosas como las figuras de los telones de los teatros, a la derecha de la imagen había un grupo más apiñado, a la izquierda aparecían sentadas o tumbadas sobre una enorme rama o cinta ondulante o, lánguidas, flotando por sí mismas hacia el cielo como

un collar ascendente. Y no sólo se reflejaban en el espectador sino también lejos de él, se volvían difusas y múltiples, lo que el ojo perdía en detalle lo ganaba en conjunto. Sin embargo, en la primera fila había una muchacha desnuda a la que no afectaban aquellos reflejos, estaba apoyada en una sola pierna, con la cadera prominente. La destreza de Ingres se podía admirar particularmente en este punto, aunque lo cierto es que me gustó descubrir que la representación de aquella muchacha conservaba demasiada desnudez real, incluso para el sentido del tacto. Un fulgor de luz amarillenta y pálida emergía de algún lugar de su cuerpo, un lugar que ella ocultaba.

## 11

Encuentro con el matrimonio Tschissik en el Graben [...]. Más tarde sueño que estoy en un pasaje angosto bajo una bóveda de vidrio no muy alta, parecida a los corredores intransitables que aparecen en los cuadros de los primitivos italianos, parecida también a uno de los pasajes que vimos en París, como una bifurcación de la Rue des Petits-Champs, sólo que el de París era más amplio y estaba repleto de

tiendas, mientras que éste discurría entre paredes desnudas y, aparentemente, no permitía siquiera el paso de dos personas juntas. Pero si uno se adentraba realmente en él, como hicimos la señora Tschissik y yo, había una cantidad de espacio sorprendente, aunque a nosotros no nos sorprendía. Mientras me encaminaba con la señora Tschissik hacia una de las salidas, en dirección a un posible espectador de toda la escena, y mientras la señora Tschissik se disculpaba por algún defecto suyo (al parecer era alcohólica) a la vez que me pedía que no creyese a sus difamadores, el señor Tschissik azotaba a un San Bernardo lanudo que se alzaba frente a él sobre las patas traseras al otro lado del pasaje. No quedaba claro si Tschissik sólo estaba jugando con el perro y descuidando por ello a su mujer o si, tal vez, el perro lo había atacado en serio o si finalmente quería mantener al perro apartado de nosotros.

## 12

El cansancio no me ha dejado escribir, he estado tumbado en el canapé con la habitación alternativamente fría y caliente, me dolían las piernas y he tenido unos sueños repugnantes.



Había un perro tumbado sobre mi cuerpo, una de sus patas junto a mi cara, eso me ha despertado, pero durante unos instantes he sentido un miedo horrible de abrir los ojos y ver al perro.

### 13

Anoche, antes de dormirme, imaginé el dibujo de un grupo de hombres aislado en el aire como si fuera una montaña, una imagen que en su técnica representativa se me antojó completamente novedosa y que parecía de fácil ejecución una vez ideada. Había una reunión en torno a una mesa, el suelo se extendía hasta llegar un poco más allá del círculo formado por todos los presentes, de todos ellos sólo alcancé a divisar fugazmente y esforzando la vista a un joven con ropas anticuadas. Tenía el brazo izquierdo apoyado sobre la mesa, la mano colgaba floja sobre su cara, que miraba juguetonamente hacia alguien que, preocupado o con aire inquisitivo, se inclinaba sobre él. Su cuerpo, especialmente la pierna derecha, estaba extendido con la dejadez propia de la juventud, parecía tumbado más que sentado. Las dos líneas nítidas que delimitaban sus piernas, se cruzaban y se unían ligeramente con las líneas que

delimitaban el cuerpo. Sus ropas de color pálido se arqueaban entre las líneas con una débil corporalidad. Maravillado ante la visión de este hermoso dibujo —que provocó en mi cabeza una tensión que, por cierto, identifiqué plenamente con la misma tensión continua que, cuando así lo desease, podría guiar el lápiz en mi propia mano—, me obligué a abandonar el estado crepuscular en que me hallaba para examinar el dibujo con mayor detenimiento. Pero en seguida fue evidente que no había imaginado otra cosa que un pequeño grupo de porcelana de color blanco grisáceo.

## 14

Sueño reciente: mi padre y yo atravesábamos Berlín montados en el tranvía. El distintivo propio de gran ciudad estaba representado por innumerables barreras colocadas a intervalos regulares, pintadas en dos colores y con la punta roma, completamente alisada. Por lo demás, todo estaba prácticamente vacío, si bien el conjunto de barreras era numerosísimo. Pasábamos por delante de un portal, nos apeábamos sin darnos cuenta y entrábamos. Detrás del portal se alzaba una pared escarpada que mi padre

escalaba casi bailando, las piernas le elevaban sin dificultad, así de sencillo. Había sin duda algo irrespetuoso en el hecho de que mi padre no me ayudara en absoluto, porque yo sólo podía trepar haciendo el mayor de los esfuerzos, a cuatro patas, resbalando y volviendo a caer una y otra vez, como si la pared se hubiera empinado aún más bajo mis pies. También era muy desagradable que la pared estuviera cubierta de excrementos humanos, algunos de los cuales se me quedaron colgando en el cuerpo como si fueran grumos, principalmente sobre el pecho. Yo los miraba con el rostro inclinado y les pasaba la mano por encima. Cuando por fin llegué arriba, mi padre, que salía de un edificio, se me lanzó al cuello y comenzó a besarme y apretarme contra su pecho. Llevaba puesta una levita cerrada que recuerdo muy bien, una levita pasada de moda, corta, acolchada por dentro como si fuera un sofá. «¡Este Dr. von Leyden! De veras que es un hombre excelente», exclamaba una y otra vez. Pero lo cierto es que mi padre no lo había visitado en cuanto médico, sino sólo porque era un hombre al que valía la pena conocer. Yo tenía un poco de miedo de tener que entrar también a visitarlo, pero no se me pidió. Detrás de mí, a la izquierda, en una habitación con paredes de cristal, vi a un hombre sentado dándome

la espalda. El hombre resultó ser el secretario del profesor, y supe que en realidad mi padre se había entrevistado únicamente con él y no con el profesor, pero que de algún modo, gracias al secretario, mi padre había llegado a conocer en detalle las virtudes del profesor, hasta el punto de que ahora estaba perfectamente capacitado para emitir un juicio razonable sobre el mismo, tanto como si hubiera hablado con él en persona.

## 15

Por la noche, se me hincha el pie y me da fiebre. El alboroto de los conejos que corretean delante de la cabaña. Me levanto a medianoche y veo algunos de los conejitos sentados delante de mi puerta. Sueño que oigo declamar a Goethe, con una libertad y una arbitrariedad infinitas.

## 16

Sueño: personas reunidas para tomar baños de aire se destruyen mutuamente en una pelea. La

sociedad se había separado en dos grupos que, al principio, bromeaban juntos, alguien sale de uno de los grupos y grita a los demás «¡Lustron y Kastron!». Los demás: «¿Qué?». El primero: «Sin duda». Comienzo de la pelea.

## 17

Un sueño: me encontraba sobre una lengua de tierra construida en piedra maciza que se adentraba en el mar considerablemente. Me acompañaban una o varias personas, pero la conciencia que tenía de mí mismo era tan fuerte que sólo les prestaba atención cuando hablaba con ellos. Recuerdo la rodilla levantada de alguien sentado a mi lado, nada más. Al principio no sabía realmente dónde estaba, sólo cuando por casualidad levantaba la cabeza podía ver, a la izquierda por delante de mí y a la derecha por detrás, el mar extenso, claramente delimitado, con muchos buques de guerra alineados y anclados con firmeza. A la derecha se veía Nueva York, estábamos en el puerto de Nueva York. El cielo era gris, pero de una claridad uniforme. Me movía de un lado a otro con plena libertad, expuesto al viento por doquier, para no perder detalle. La mirada se hundía ligeramente

en dirección a Nueva York; en dirección al mar, se elevaba. En ese momento me daba cuenta de que el agua que nos rodeaba formaba las olas y que en ellas había un tráfico enorme de barcos extranjeros. Sólo recuerdo que, en lugar de nuestras almadías, había troncos muy largos y atados que formaban un gigantesco fajo redondo que, al navegar, dependiendo de la altura de las olas, emergía una y otra vez dejando entrever el plano de sección, dando vueltas horizontalmente en el agua. Yo me sentaba, acercaba los pies a mi cuerpo, temblaba de placer, me hundía literalmente de gusto en el suelo y decía: esto es más interesante que el trasiego en los bulevares de París.

## 18

Desde ese momento y hasta las siete y media, siesta en la cama (generalmente no son más que tentativas de siesta; durante una semana, en ese sueño sólo he visto montenegrinos, con una precisión excesivamente repugnante y generadora de dolores de cabeza, que resaltaba el más mínimo detalle de su complicada indumentaria).

## 19

Anteanoche soñé contigo por segunda vez. Un cartero traía dos cartas certificadas a mi nombre, dos cartas tuyas, me entregaba una en cada mano moviendo los brazos con extraordinaria precisión, como si fueran los pistones de una máquina de vapor. ¡Dios: eran cartas mágicas! Podía extraer de ellas tantos pliegos escritos como deseara y nunca se vaciaban. Me encontraba en mitad de una escalera y, no me lo tomes a mal, tenía que tirar los pliegos sobre los escalones para extraer una nueva carta del sobre. La escalera se inundaba de arriba abajo con los pliegos leídos y el papel, elástico, suelto y apilado, crujía con fuerza. Fue un sueño realmente mágico.

## 20

Querida, hoy he soñado contigo toda la noche, pero son dos los sueños que recuerdo. Al despertar, resistiéndome incluso contra mí mismo, he tratado de olvidarlos con todas mis fuerzas, pues había en ellos verdades terribles, molestas, de una claridad cegadora, verdades que no podrían irrumpir en el ritmo lánguido de la

cotidianidad. Voy a contártelos por encima, sin detenerme en los detalles, a pesar de que eran sueños complejos repletos de minucias que continúan aullando en mi interior. El primero remite a algo que me comentaste, eso de que podéis enviar telegramas directamente desde la oficina. Pues bien, resulta que yo también podía enviar telegramas directamente desde mi habitación, incluso tenía el aparato al lado de la cama, supongo que por analogía con tu hábito de colocar la mesa junto a la cama. El aparato estaba erizado de pinchos y me daba miedo, tenía miedo de utilizar tanto el teléfono como el telégrafo. Pero tenía que mandarte un telegrama sin demora, estaba terriblemente preocupado por ti y sentía un deseo implacable de tener noticias tuyas, tan violento que podía arrancarme de la cama. Afortunadamente, en ese momento aparece mi hermana pequeña y escribe el telegrama por mí. Mi preocupación por ti me convierte en un hombre ingenioso, aunque, desgraciadamente, sólo en sueños. El aparato estaba construido de tal forma que sólo era necesario apretar un botón y la respuesta desde Berlín aparecía automáticamente sobre un rollo de papel. Recuerdo clavar los ojos sobre el rollo en blanco mientras espero tu carta con impaciencia, pero es inútil, pues hasta que no tengas el aparato a tu disposición



en Berlín no llegará ninguna respuesta. ¡Qué alegría cuando comienzan a aparecer en la cinta las primeras líneas escritas! Tendría que haberme caído de la cama de toda la dicha que recuerdo haber experimentado durante el sueño. Después de esas líneas, aparece una carta completa que puedo leer perfectamente y cuyo contenido, si quisiera, podría recordar en su práctica totalidad. Tan sólo diré que, afortunadamente y del modo más alegre posible, en la carta se me reñía por mi desasosiego. Se me llamaba «glotón insaciable» y se enumeraban las cartas que había recibido últimamente o que estaban en camino.

## 21

En el segundo sueño eras ciega. Un Instituto de Invidentes de Berlín había organizado una excursión a un pueblo en el que yo solía veranear con mi madre. Vivíamos en una casita de madera cuya ventana recuerdo perfectamente. La casita se elevaba en mitad de una propiedad situada en medio de una colina. Saliendo de la casita, a la izquierda, había un mirador de cristal al que habían sido conducidas la mayor parte de las muchachas ciegas. Yo sabía que tú

estabas entre ellas y tenía la cabeza llena de planes confusos sobre cómo podría arreglármelas para verte y hablar contigo. Abandonaba la casita continuamente, atravesaba las tablas dispuestas frente a la puerta sobre el suelo fangoso y siempre regresaba desesperado por no haber conseguido verte. Mi madre también iba dando tumbos de un lado a otro, llevaba un vestido monótono, una especie de hábito de monja, y los brazos recogidos en el pecho, pero no cruzados. Exigía a las muchachas ciegas la realización de diversas tareas y, al hacerlo, privilegiaba a una de ellas, una muchacha vestida de negro con la cara redonda, una de cuyas mejillas estaba marcada por una cicatriz tan profunda que parecía haber sido lacerada en el pasado. A menudo y siempre en mi presencia, mi madre elogiaba la inteligencia y la buena voluntad de esta muchacha. Yo mismo era consciente de ello y le daba la razón, pero pensaba: es tu compañera de trabajo y si ella quiere, sabe bien dónde encontrarte. De pronto, toda la calma aparente se desvanecía, daban la señal de partida, la institución debía continuar su marcha. Justo en ese momento, yo ya me había decidido y bajaba corriendo la colina, abriéndome camino a través de una portezuela en el muro, porque me parecía haber visto que la marcha continuaría en esa dirección. Lo cierto

es que, al llegar abajo, lo que encontraba era un grupo multitudinario de jóvenes ciegos con su profesor. Yo corría de un lado a otro detrás de ellos porque pensaba que la institución al completo llegaría en cualquier momento y así podría encontrarte fácilmente y dirigirte unas palabras. Creo que esperé demasiado y, además, perdí la ocasión de informarme sobre el modo correcto en que debía llevarse a cabo la marcha y me entretuve mirando a un bebé ciego al que le ponían y le quitaban los pañales sobre un pedestal de piedra —en efecto, en esta institución estaban representadas todas las edades—. El silencio que reinaba por doquier terminaba pareciéndome una amenaza y le pedía al profesor que me explicara por qué no aparecía el resto de los miembros de la institución. Entonces me enteraba con espanto de que en ese lugar sólo se permitía el desfile de los más jóvenes, mientras que el resto se estaba alejando justo en ese momento por la salida opuesta en la parte más alta de la montaña. Para mi consuelo, el profesor me decía —me gritaba, en realidad, porque, para entonces, yo ya corría como un loco— que todavía podía alcanzarles, ya que, como es natural, reunir al grupo de las muchachas jóvenes llevaba su tiempo. De modo que recorría a toda velocidad el camino que bordeaba el muro desnudo y que ahora me

parecía extremadamente abrupto y soleado. De repente tenía en la mano un código legal austriaco de enormes proporciones, que transportaba con esfuerzo, pero que de algún modo podría ayudarme a encontrarte y a hablar contigo. A mitad de camino caía en la cuenta de que eras ciega y que, afortunadamente, ese hecho impediría que mi aspecto físico y mis modales te causaran una pésima impresión. Tras esta reflexión, me hubiera encantado desprenderme del código, que se había convertido en un lastre inútil. Por fin llegaba a la cima y, por cierto, con mucho tiempo de sobra, la primera pareja aún no había atravesado la puerta de entrada. Así que me preparaba, podía ver tu imagen en mi cabeza, aproximándote entre las demás muchachas, los párpados bajos, rígida, en silencio.

En ese momento me he despertado, preso de la fiebre y desesperado al saberte tan lejos de mí.

## 22

¿Quieres entonces que te cuente el sueño que tuve hace tiempo? ¿Por qué uno tan antiguo si sueño contigo casi todas las noches? Imagínate,

esta noche he pedido tu mano oficialmente. El ambiente era terrible, terriblemente improbable y, además, apenas me acuerdo de nada. Toda la sociedad estaba sentada en una habitación en penumbra, en torno a una mesa larga de madera cuyos negros tablones no cubría mantel alguno. Yo estaba sentado en la parte baja de la mesa, entre gente desconocida. Tú estabas de pie, muy erguida, bastante lejos de mí, al otro lado de la mesa y en diagonal con respecto a mi posición. Mis ganas de ti eran tan intensas que me obligaban a apoyar la cabeza en la mesa y espiarte. Tus ojos, orientados hacia mí, eran oscuros, pero en mitad de cada uno de ellos había un punto brillante como el fuego y el oro. En ese momento el sueño se dispersaba, me daba cuenta de que la sirvienta, a espaldas de los comensales, degustaba un plato que contenía un líquido espeso que ella debía servir en un pequeño recipiente marrón, y después volvía a introducir la cuchara en el plato. Aquella escena desataba mi ira, así que conducía a la muchacha —al parecer, la escena se desarrollaba en un hotel y la muchacha era una de las empleadas— hasta las dependencias del hotel donde interponía una queja sobre sus modales ante el personal oportuno, sin grandes resultados. Después el sueño derivaba en viajes y apresuramientos excesivos. El otro sueño, el

antiguo, lo recuerdo con mucha más claridad, pero no voy a contarte nada más por hoy.

## 23

Nada más lo has descrito, he soñado con nuestro encuentro en Berlín. Todo tipo de cosas, no puedo precisar casi nada: de este sueño sólo me ha quedado la sensación general de una mezcla de dicha y tristeza. Paseábamos por la calle, el entorno asemejaba de un modo extraño la plaza de la Ciudad Vieja de Praga, habían pasado las 6 de la tarde (la hora exacta del sueño, probablemente), no caminábamos cogidos del brazo, pero estábamos aún más cerca el uno del otro que cuando se camina del brazo. ¡Dios! Me resulta difícil describir la estrategia que ideaba para no cogerte del brazo ni llamar la atención y, aún así, caminar pegado a tu cuerpo; podría habértelo mostrado al pasar por encima del Graben, pero no se nos ocurrió. Tú te apresurabas en dirección al hotel, yo avanzaba a trompicones sobre el borde de la acera a dos pasos de ti. ¡Cómo describir nuestro paseo dentro del sueño! Mientras que cuando se camina del brazo, los brazos sólo se tocan en dos puntos y cada uno conserva su

independencia, nuestros brazos y nuestros hombros se tocaban en toda su extensión.

## 24

Hace dos o tres noches soñé ininterrumpidamente con dientes. No eran dientes ordenados en una mandíbula, sino una masa de dientes ensamblados que, al igual que en el juego de la paciencia de los niños, eran conducidos por mi mandíbula y jugaban entre sí con un movimiento de traslación. Empleaba todas mis fuerzas para comunicar algo de enorme importancia para mí; el movimiento de los dientes, los huecos entre ellos, su rechinar, la sensación al moverlos: todo ello tenía alguna relación precisa con una idea, una decisión, una esperanza, una posibilidad que yo quería materializar, alcanzar, conservar, mediante ese morder sin fin. Me esforzaba tanto que a veces me parecía posible conseguirlo, a veces creía haber tenido éxito y, a primera hora de la mañana, cuando tenía que despertarme, abría un poco los ojos y tenía la sensación de que todo había salido bien, el trabajo de tantas noches interminables no había sido en vano, el ensamblaje definitivo e inmutable de los dientes era un claro signo de

buen agüero, y me parecía inexplicable no haberme dado cuenta en toda la noche y haber estado tan desesperado como para creer que el hecho mismo de soñar perjudicaba mi descanso. Entonces me despertaba completamente (es el momento en que nuestra sirvienta me dice qué hora es, a gritos, en tono de queja y reproche) y me parecía no haber logrado absolutamente nada, la infelicidad de la oficina renace y resulta que tú, mi amor, sin que yo lo supiera, habías pasado toda la noche con dolor de muelas.

## 25

Recientemente, además, he soñado contigo, con Max y su mujer de manera delirantemente revuelta. Estábamos en Berlín y descubríamos, entre otras cosas, todos los lagos de Grunewald —que en la realidad no habías podido enseñarme— en medio de la ciudad, colocados unos detrás de otros. Tal vez estuviese solo al descubrirlo, probablemente quería reunirme contigo y, enredador, casi me perdía; veía, desde un muelle aparecer unos extraños fenómenos negruzcos imposibles de interpretar, pedía información a un transeúnte y supe que estos



eran los lagos de Grunewald y que, a pesar de estar en el centro de la ciudad, me encontraba a gran distancia de ti. Entonces íbamos también a Wannsee, que no te gustaba (esta observación de la realidad ha estado rondándome durante todo el sueño), por la puerta de una verja entrábamos en algo que asemejaba un parque o un cementerio y vivíamos muchas cosas que no voy a contarte, es ya muy tarde para eso. Y además tendría que sondearme demasiado para recordarlas. Buenas noches y que tengas mejores sueños.

## 26

No puedo dormir. No hago más que soñar, no dormir. Hoy he inventado en sueños un nuevo medio de transporte para circular por un parque escarpado. Se coge una rama, que no tiene por qué ser muy gruesa, y se apoya de manera oblicua en el suelo, retenemos un extremo en la mano, nos sentamos con la mayor ligereza posible, como sobre una silla de montar de mujer, la rama resbala naturalmente a lo largo de la pendiente y como estamos montados encima, nos lleva con ella y nos mecemos agradablemente sobre la madera elástica, avanzando a

toda velocidad. Más tarde, podemos encontrar una manera de utilizar la rama para la subida. La ventaja principal, sin hacer referencia a la simplicidad de todo el dispositivo, consiste en que la rama, delgada y móvil como es —puede ser levantada y bajada según el gusto— puede pasar por todos los lugares por los que incluso un hombre solo pasaría con dificultad.

## 27

Hoy he soñado contigo y con tu padre, podría acordarme de los detalles, pero no quiero pensar en ello. Sólo sé que, estando aún en la puerta, le contestaba: «Puede que simplemente esté enfermo».

## 28

En un camino escarpado, hacia la mitad del repecho y, por cierto, justo en mitad de la calzada, comenzando hacia la izquierda de la imagen si uno mira desde abajo, había un montón de basura o barro endurecido que iba decreciendo hacia la derecha, desmenuzándose, mientras

que en su lado izquierdo permanecía a buena altura, como las empalizadas de una valla. Yo caminaba por el lado derecho, donde el camino estaba prácticamente despejado, y veía a un hombre montado en un triciclo que ascendía la cuesta en mi dirección y parecía avanzar directo hacia el obstáculo. Era un hombre sin ojos, o al menos sus ojos parecían agujeros desdibujados. El triciclo estaba estropeado y por ello rodaba de manera insegura e inestable, aunque sin ruido, de un modo casi exageradamente lento y ligero. En el último momento, agarraba al hombre, lo detenía, lo sujetaba como si fuera el manillar de su bicicleta y lo giraba en la dirección de la brecha por la que yo había pasado. Entonces se caía sobre mí, de repente yo era gigantesco y, sin embargo, sujetaba al hombre en una postura forzada. Por si fuera poco, el vehículo, como abandonado a su suerte, comenzaba a retroceder y me arrastraba consigo, aunque muy despacio. Pasábamos junto a un carromato en el que había varias personas apelotonadas, todas vestidas de negro, entre ellos un joven explorador con un sombrero de ala ancha de color gris claro. Esperaba que este joven, al que había reconocido desde una cierta distancia, me ayudara, pero él se daba la vuelta y desaparecía entre la gente. Detrás del carromato

—el triciclo no paraba de rodar y yo tenía que seguirlo agachado y con las piernas abiertas—venía alguien que me prestaba ayuda, pero no puedo recordar quién era. Sólo sé que se trataba de un hombre digno de confianza, que ahora se oculta detrás de algo parecido a una tela negra y cuya ocultación debo respetar.

## 29

Antes de dormir, voy a contarle un sueño que tuve anoche, para que vea hasta qué punto soy más útil dormido que despierto. Escuche: en una cuesta, hacia la mitad del repecho y, por cierto, justo en mitad de la calzada, hacia la izquierda de la imagen si uno la contempla desde abajo, había un montón de basura o barro endurecido que iba decreciendo hacia la derecha, desmenuzándose, mientras que en su lado derecho permanecía a buena altura, como las empalizadas de una valla. Yo caminaba por el lado derecho, donde el camino estaba prácticamente despejado, y veía a un hombre montado en un triciclo que ascendía la cuesta en mi dirección y parecía avanzar directo hacia el obstáculo. Era un hombre sin ojos o al menos sus ojos asemejaban agujeros

desdibujados. El triciclo estaba desvencijado y por ello rodaba de manera insegura e inestable, pero sin prisa, de un modo casi exageradamente lento y ligero. En el último momento, agarraba al hombre, lo detenía, lo sujetaba como si fuera el manillar de su bicicleta y lo giraba en la dirección de la brecha por la que yo había pasado. Entonces se caía sobre mí, de repente yo era gigantesco y, sin embargo, sujetaba al hombre en una postura forzada, y además, el vehículo, como abandonado a su suerte, comenzaba a retroceder despacio y me arrastraba consigo. Pasábamos junto a un carromato en el que había apiñadas varias personas, todas vestidas de negro, entre ellas un joven explorador con un sombrero gris claro de ala ancha. Yo esperaba que este joven, al que había reconocido desde una cierta distancia, me ayudara, pero se daba la vuelta y se desvanecía entre la gente. Detrás del carromato —el triciclo no paraba de rodar y yo tenía que seguirlo agachado y con las piernas abiertas— venía alguien que me prestaba ayuda, pero no puedo recordar quién era. Sólo sé que se trataba de un hombre digno de confianza, que ahora se oculta detrás de algo parecido a una tela negra y cuya ocultación debo respetar.

## 30

Sueño: el gabinete francés, cuatro hombres sentados alrededor de una mesa. Se está celebrando un consejo de ministros. Me acuerdo del hombre sentado en la parte derecha de la larga mesa, me acuerdo de su cara: de perfil parece chata, aplastada, con la piel amarillenta, la nariz prominente (demasiado prominente a causa del aplastamiento de la cara), una nariz completamente recta y un bigote espeso, negro y grasiento en forma de arco sobre la boca, cubriéndola por completo.

## 31

Sueño en torno al alba: estoy sentado en el jardín de un sanatorio, en una mesa larga, puede que esté presidiéndola, de modo que lo que veo en el sueño es en realidad mi propia espalda. Es un día gris, sin duda acabo de llegar de alguna excursión y estoy en un coche que ha subido una rampa con mucho ímpetu. Están a punto de servir la comida, veo a una de las sirvientas, una muchacha joven, delicada, se acerca muy ligera o indecisa en dirección a la sala de columnas que hace las veces de vestíbulo en el sanatorio, lleva un vestido del color de las hojas de

otoño y baja hasta el jardín. Aún no sé lo que quiere, pero me señalo a mí mismo con el dedo como preguntándole si es a mí a quien busca. En efecto, la muchacha trae una carta para mí. Pienso que no puede tratarse de la carta que estoy esperando, es una carta demasiado delgada y la ortografía es extraña, fina, insegura. La abro y contiene una enorme cantidad de papeles delgados repletos de escritura, todos con la misma ortografía extraña e insegura. Empiezo a leer, hojeo los papeles y me doy cuenta de que debe tratarse de una carta muy importante, sin duda de la hermana pequeña de Felice. Leo con ansia, mi vecino de la derecha, no sé si se trata de un hombre o de una mujer, lo más probable es que sea un niño, mira la carta por encima de mi brazo. Grito: «¡No!». Los comensales se ponen nerviosos y empiezan a temblar. Puede que haya causado una desgracia. Intento disculparme rápidamente con el fin de seguir leyendo. Me inclino de nuevo sobre la carta, entonces me despierto inevitablemente, sobresaltado, como si mi propio grito me hubiera sacado del sueño. Lúcido y plenamente despierto, me impongo con violencia retomar el sueño: de hecho la escena vuelve a repetirse, leo a toda prisa dos o tres líneas nebulosas de la carta de las que nada recuerdo y pierdo las imágenes del sueño al quedarme nuevamente dormido.

En Berlín, callejeando en dirección a su casa, con la conciencia tranquila y dichosa porque todavía no he llegado, pero puedo llegar fácilmente, sin duda voy a llegar. Veo las arterias urbanas, un letrero en una casa blanca, algo así como «Los espléndidos salones del Norte» (lo leí ayer en el periódico), en el sueño añado «Berlín W.». Le pregunto a un policía amable y entrado en años, con la nariz roja, embutido en una especie de casaca. Me responde con un informe exhaustivo, llega incluso a señalarme con el dedo la baranda de un pequeño jardín con césped situado a cierta distancia a la que, por seguridad, debo agarrarme cuando pase. También me da consejos sobre el tranvía eléctrico, el ferrocarril subterráneo, etc. Soy incapaz de entender lo que me dice y comento, asustado, siendo plenamente consciente de lo mucho que detesto las distancias: «Eso estará a una media hora de distancia». Pero él, aun siendo mayor, responde: «Yo puedo estar allí en 6 minutos». ¡Estupendo! Alguien me acompaña constantemente, un hombre, una sombra, un camarada, no sé quién es. No tengo tiempo de darme la vuelta, de ponerme de lado.



### 33

Me alojo en Berlín, en una pensión cualquiera en la que, al parecer, se alojan jóvenes judíos polacos; una habitación muy pequeña. Derramo una botella de agua. Uno de los jóvenes escribe sin descanso con una máquina de escribir, apenas gira la cabeza cuando se le pide algo. Imposible conseguir un mapa de Berlín. Veo que uno de ellos tiene todo el tiempo un libro en la mano, parece un plano. Pero resulta que su contenido es cada vez completamente distinto, un elenco de las escuelas berlinesas, una estadística de impuestos o algo por el estilo. No quiero creérmelo, pero me lo muestran mientras se ríen y no hay lugar para la duda.

### 34

Sueño de esta noche: con el Emperador Guillermo. En el castillo. Hermosas vistas. Una habitación parecida a la del *Tabakskollegium*<sup>1</sup>. Reunión con Matilde Serav. Todo olvidado, lamentablemente.

<sup>1</sup> Un *Tabakskollegium* consiste en un grupo de personas, en su mayoría hombres, que se reúnen con regularidad para socializar disfrutando del tabaco. En Alemania estos grupos comienzan a formarse en el s. xvii.

Se echó un buen rato y por fin pudo relajarse. Ahora podría reflexionar, pero a oscuras y sin ser molestado. Pensaba sobre todo en Titorelli. Titorelli estaba sentado en un sofá y K. se arrodillaba frente a él, le acariciaba los brazos y le engatusaba de mil maneras. Titorelli conocía bien las intenciones de K., pero disimulaba para torturarlo un poco. Por su parte, K. estaba seguro de que terminaría saliéndose con la suya, pues Titorelli no era más que un hombre atolondrado sin ninguna fuerza de voluntad al que derrotar resultaría sencillo, era inexplicable que el tribunal se relacionara con un hombre semejante. K. comprendió que debía actuar: ahora o nunca. No se dejaba confundir por la risa despectiva que Titorelli dirigía al vacío con la cabeza levantada, permanecía en posición suplicante y trepaba con las manos por el cuerpo de Titorelli hasta acariciar sus mejillas. Apenas tenía que esforzarse, lo hacía casi con desidia, dilataba el momento por puro placer, estaba seguro de su éxito. ¡Qué fácil engañar a este tribunal! Finalmente, como si obedeciera a una ley de la naturaleza, Titorelli se inclinaba hacia él, un lento y suave cerrar de ojos indicaba que Titorelli estaba dispuesto a satisfacer la petición, estrechaba con

fuerza la mano de K. K. se incorporaba con aire naturalmente solemne, pero Titorelli no consentía más solemnidades, agarraba a K. y se lo llevaba de allí. De repente estaban en el juzgado y se apresuraban por las escaleras a toda prisa, pero no sólo hacia arriba sino también hacia abajo, arriba y abajo sin ningún esfuerzo, ligeros como una barca en el agua. Y justo en el momento en que K. contemplaba sus pies y llegaba a la conclusión de que esta hermosa manera de moverse ya no podía formar parte de la vida abyecta que había llevado hasta entonces, justo entonces, sobre su cabeza gacha, se producía la metamorfosis. La luz, que hasta el momento venía de la parte trasera, ahora golpeaba de frente con una intensidad cegadora. K. levantaba los ojos, Titorelli asentía con la cabeza y le daba la vuelta. K. se encontraba otra vez en los pasillos del juzgado, pero todo parecía más tranquilo y sencillo. No había dificultades, K. abarcaba toda la escena con un solo golpe de vista, se desprendía de Titorelli y continuaba su camino. K. vestía hoy un traje nuevo, un traje largo y oscuro que abrigaba deliciosamente. Era consciente de lo que le estaba ocurriendo, pero le hacía tan feliz que no quería reconocerlo. En el recodo de uno de los pasillos en cuyas paredes las ventanas permanecían abiertas,

encontraba su antigua ropa sobre un ovillo, la chaqueta negra, los pantalones a rayas y, sobre ellos, la camisa extendida con las mangas arrugadas.

### 36

Muchos sueños. Aparición de un personaje que es una combinación del director Marschner y del chico del despacho Pimisker. Mejillas rojas y firmes, barba negra encerada, cabellos aparentemente abundantes y rebeldes.

### 37

En duermevela, he visto durante largo rato a Esther quien, con la pasión que me ha parecido tener por todo aquello relacionado con lo espiritual, se había colgado por la mandíbula del nudo de una cuerda y, como el redoblar de una campana, se balanceaba con fuerza de derecha a izquierda en el vacío (recuerdo de un cartel de cine).

### 38

Las dos Lieblich. La pequeña profesora diabólica, que he visto también entre sueños, bailaba corriendo, una danza de tipo cosaca, pero sin tocar tierra, subía y bajaba por encima de un adoquinado de ladrillos desiguales y ligeramente inclinados, puestos ahí como manchas de color marrón oscuro en la luz del crepúsculo.

### 39

Quiero interpretar tu sueño. Si no te hubieras tumbado en el suelo entre las fieras, no habrías visto el cielo estrellado y no habrías sido liberada. Tal vez no hubieras sobrevivido a la angustia de la posición vertical. A mí me ocurre lo mismo. Es un sueño común que has tenido por los dos.

### 40

Sñado hace poco: vivíamos en el Graben, cerca del Café Continental. Un regimiento salía de

la Herrengasse enfilando el camino de la estación estatal. Mi padre: «Uno tiene que ver estas cosas mientras pueda» y (vestido con la bata marrón de Félix, toda la figura era una combinación de ambos) se abalanza contra la ventana y se posiciona en la parte exterior, en la balaustrada ancha e inclinada de la ventana, con las piernas y los brazos abiertos. Yo lo agarro, lo sujeto por las dos tiras por las que pasa el cinturón de la bata. Él, por pura malicia, se asoma hacia afuera un poco más, empleo todas mis fuerzas para sujetarlo. Pienso en lo oportuno que sería poder atar mis pies a algo sólido para que mi padre no me arrastrara consigo. Pero, para hacer eso, tendría que soltar a mi padre al menos un par de segundos y eso no es posible. No hay sueño capaz de soportar semejante tensión —mucho menos el mío—: me despierto.

## 41

Dos grupos de hombres luchaban entre sí. El grupo al que yo pertenecía había capturado a un rehén, un gigante desnudo. Lo sujetábamos entre cinco de nosotros, uno por la cabeza, dos por los brazos y dos más por las piernas.

Desgraciadamente, no teníamos un cuchillo con el que apuñalarle, preguntábamos acelerados a nuestro alrededor si alguien tenía un cuchillo, pero nadie tenía uno. Ya que por alguna razón no había tiempo que perder y aprovechando que teníamos a mano una estufa cuya puerta de hierro colado, asombrosamente grande, ardía al rojo vivo, arrastrábamos al hombre hasta allí y acercábamos su pie a la puerta abierta hasta que comenzaba a humear, entonces lo retirábamos para que dejara de echar humo y en seguida volvíamos a acercarlo. Repetíamos el proceso de manera uniforme hasta que me despierto empapado en sudor y presa del pánico, castañeteando los dientes.

## 42

Un sueño espantoso había contribuido a empeorar el humor de la jornada, un sueño cuya extrañeza consistía en que no sucedía nada extraño en él, tan sólo un encuentro habitual con amigos en la calle. No recuerdo los detalles en absoluto, creo que tú no estabas presente. Lo espantoso eran mis sentimientos hacia uno de esos amigos. Nunca había tenido un sueño así.

## 43

Sueño con el Dr. Hanzal, que está sentado detrás de un escritorio, simultáneamente inclinado hacia delante y recostado, con los ojos claros como el agua, expone despacio y con precisión un claro hilo de argumentos. En el sueño apenas puedo entender su discurso, tan sólo presto atención a la estructura metódica que lo sostiene. Más tarde también me encuentro con su mujer: lleva muchas maletas consigo, juguetea de modo asombroso con los dedos de mi mano; un pedazo del grueso fieltro de su manga está desgarrado, y esa manga, que sus brazos tan sólo ocupaban en una parte mínima, estaba repleta de frambuesas.

## 44

Querida, hoy nada, una vez más. Mala, mala noche, de la que tú eres en parte responsable, responsable en sueños. He tenido un sueño angustioso: me llaman por teléfono desde la portería del instituto para decirme que tienen una carta a mi nombre. Bajo corriendo. Allí, sin embargo, no encuentro al portero, sino al jefe del servicio que normalmente se encarga de recoger



el correo. Le exijo tu carta. El hombre busca sobre la mesa la carta que hace un instante debía haber estado allí, pero no la encuentra, dice que la culpa la tiene el portero, que ha recogido la carta de manos del cartero sin autorización en lugar de enviarle al servicio indicado para tal fin. En cualquier caso, ahora tengo que esperar al portero, le espero durante un buen rato. Por fin aparece, es un gigante tanto por su estatura como por su imbecilidad. No sabe dónde está la carta. Yo, por mi parte, desesperado, elevo una queja ante el director, exijo un careo entre el cartero y el portero en el que el portero se comprometa a no volver a aceptar nunca más cartas en mano. Yerro medio inconsciente por pasillos y escaleras, en vano busco al director.

## 45

Sueño sagrado: ella corría por la carretera, yo no la veía, tan sólo sentía cómo ondulaba al correr, cómo revoloteaba su velo en el aire, cómo se elevaba su pie, yo estaba sentado en la linde del campo y miraba el agua del riachuelo. Ella atravesaba corriendo las aldeas; los niños, de pie en las puertas de las casas, la veían llegar y la acompañaban con la mirada.

Sueño roto: por capricho de un antiguo príncipe, se dispuso que el mausoleo contara inmediatamente con un guardián junto a los sarcófagos. Los sabios se habían pronunciado en contra de tal medida, pero finalmente se accedió a que los deseos del príncipe, cuya influencia y poder en otros muchos ámbitos eran escasos, fueran satisfechos con semejante niñería. Un hombre mutilado en una guerra del siglo precedente, viudo y padre de tres hijos caídos recientemente en el campo de batalla, se ofreció para el trabajo. Detrás de él, una lavandera cargaba con diversos objetos destinados al guardián. Hasta llegar a la avenida que después conducía directamente al mausoleo, el mutilado, pese al zanco que le servía de pierna postiza, fue capaz de caminar al ritmo del funcionario de la corte. Pero luego renqueó un poco, carraspeó y comenzó a frotarse la pierna izquierda. «¿Qué ocurre, Friedrich?» —preguntó el funcionario, que caminaba por delante con la lavandera y había girado la cabeza—. «Me falla la pierna» —dijo el mutilado con una mueca de dolor—. «Un poco de paciencia, suele pasarse enseguida».

Sueño con Werfel: contaba que en la Baja Austria, donde reside actualmente, había chocado sin querer con un hombre que, a consecuencia del imprevisto, le había insultado de un modo espantoso. He olvidado las palabras exactas, pero sé que entre ellas estaba «bárbaro» y que terminaba llamándole «proletario Turch». Una combinación interesante: *Turch*, término dialectal para *turco*, sin duda un insulto procedente de la tradición de las antiguas batallas contra los turcos y los asedios de Viena y al que se añade el insulto de nuevo cuño *proletario*. Prueba irrefutable de la sandez y el retraso propios del insultante, pues, en la actualidad, ni *proletario* ni *turco* son verdaderos insultos.

Un pequeño auditorio (la señora Fanta está presente con el fin de caracterizarlo) ante el cual mi padre se dispone a exponer en público y por primera vez sus ideas sobre la reforma social. Lo que le importa es que ese auditorio particularmente selecto, selecto sobre todo a su juicio, se haga cargo de la propaganda de la idea.

Durante la exposición se muestra mucho más modesto, ya que lo único que espera de los presentes es que, una vez lo hayan conocido personalmente, puedan facilitarle las direcciones de algunas personas que pudieran estar interesadas y, por ende, puedan ser invitadas a una enorme reunión pública que se celebrará próximamente. Mi padre no ha tenido nunca nada que ver con ninguna de estas personas, de modo que las toma demasiado en serio. Se ha puesto un traje negro y expone su idea minuciosamente, con todos los síntomas del dilettantismo. A pesar de no estar en absoluto preparados para escuchar una conferencia, los presentes advierten enseguida que en realidad no se trata más que de una idea vieja, manida, una idea que ha sido discutida miles de veces. Así se lo hacen ver a mi padre. Pero él, que ya esperaba una objeción semejante y que, convencido de la insignificancia de la misma, ha reflexionado sobre ella en diversas ocasiones, continúa con su exposición con mayor énfasis, si cabe, exhibiendo una sonrisa ligera, amarga. Cuando termina, el murmullo generalizado da a entender que mi padre no ha sabido convencer a nadie ni de la originalidad de la idea ni de su utilidad. Muy pocos se interesarán por ella. A pesar de ello, alguno se ofrece de vez en cuando a prestar su dirección, ya sea por amabilidad

o porque me conocen personalmente. Mi padre, imperturbable ante la opinión general, ha recogido las notas de la conferencia y ha sacado unos montoncitos de papel blanco preparados para anotar las direcciones. Escucho un solo nombre, el de un consejero aúlico: Strizanowski o algo así. Después veo a mi padre sentarse en el suelo y apoyarse en el canapé como siempre hace cuando juega con Félix. Asustado, le pregunto qué es lo que está haciendo. Le está dando vueltas a su idea.

## 49

Querido Félix, muy brevemente, para demostrarte hasta qué punto me impresionan tus lecciones, un sueño que he tenido esta noche: era formidable, i.e., no el descanso (que fue más bien pésimo, como de costumbre últimamente; si adelgazo y el profesor me expulsa de Zürau, ¿qué voy a hacer?), tampoco el sueño, sino tu papel en el mismo.

Nos encontrábamos en la calle, al parecer yo había ido a Praga con la intención expresa de visitarte y la idea de volver a verte me hacía muy feliz; sin embargo, al verte me parecías curiosamente delgado, nervioso, con aires de

profesor chiflado (sujetabas tu leontina melindroso e inmóvil). Me decías que ibas de camino a la universidad, donde tenías que impartir un curso. Yo te decía que me encantaría acompañarte, pero que debía entrar un momento en la tienda que se hallaba justo enfrente de nosotros (más o menos hacia el final de la Langengasse<sup>2</sup> frente al enorme restaurante, ahí estaba la tienda). Prometías esperarme, pero mientras estaba dentro, lo pensabas mejor y decidías escribirme una carta. Ya no recuerdo cómo llegaba hasta mí, pero aún puedo ver la letra de aquella carta. Entre otras cosas, decías que el curso comenzaba a las tres, que no podías esperar más, que entre los asistentes estaría el profesor Saber<sup>3</sup>, al que no podías ofender llegando tarde porque muchas jovencitas y muchas señoras venían sólo gracias a él, así que si él faltaba, faltarían miles. Por tanto, debías darte prisa.

Yo te perseguía a toda velocidad, te encontraba en una especie de pórtico, una muchacha que jugaba a la pelota en el campo abierto y desértico que teníamos delante te preguntaba qué ibas a hacer. Le decías que tenías que impartir un curso y nombrabas los contenidos

<sup>2</sup> La calle en la que había vivido Kafka en 1915 (N. del T.).

<sup>3</sup> Germanista de la universidad de Praga al que Kafka había despreciado en sus tiempos de estudiante (N. del T.).

exactos que serían tratados, dos autores, obras y el número de los capítulos. El tono era muy erudito, sólo me he quedado con el nombre de Hesíodo. Del otro autor sólo sé que no se llamaba Píndaro, sino algo parecido, pero más desconocido, y yo me preguntaba por qué no hablabas «al menos» de Píndaro durante la lección.

Cuando entrábamos, la clase ya había comenzado, de hecho ya habías terminado con la introducción y habías salido fuera para buscarme. Arriba, en la tarima, traduciendo a Hesíodo, había sentada una muchacha grande, fuerte, femenina, poco agraciada, vestida de negro, la nariz como un tubérculo, el pelo oscuro. Yo no entendía ni una sola palabra. Ahora la recuerdo, aunque en el sueño no me percataba de ello: se trataba de la hermana de Oskar, pero más enjuta y más alta.

Me sentía plenamente escritor (recordando, al parecer, tu sueño con Zuckerhandl<sup>4</sup>), contrastaba mi ignorancia con los conocimientos de esa muchacha y me repetía a mí mismo: «¡Lamentable, lamentable!».

No veía al profesor Sauer, pero la clase estaba llena de señoras. Dos asientos por delante de mí (las señoras se sentaban de espaldas a la tarima de manera aparatosa), estaba sentada

<sup>4</sup> Profesor de economía política de la universidad de Praga (N. del T.).

la señora G., que tenía unos largos bucles que agitaba de un lado a otro, y junto a ella había una señora que, según tú me explicabas, era la señora Holzner (aunque parecía joven). En la fila de delante de las nuestras, me señalaste a la directora del colegio de la Herrengasse. Así pues, las instruías a todas. Entre ellas, sentada a cierta distancia, vi también a Ottla, con la cual había tenido poco antes una pequeña discusión relativa a tu clase (al principio no quería venir y ahora, en cambio, me alegraba ver que estaba presente y que, además, había llegado muy pronto).

Todo el mundo hablaba de Hesíodo, incluso los charlatanes. Cuando entrábamos en el aula, me tranquilizaba que la alumna que leía y comentaba el texto comenzara a reírse y que, arrojada por el auditorio, no pudiera contener la risa. A pesar de ello, continuaba traduciendo y comentando el texto correctamente.

Cuando terminó de traducir y llegó la hora de que tú comenzaras con la verdadera lección, yo me inclinaba hacia ti para leer de tu libro, pero me quedaba atónito al comprobar que allí sólo tenías un folleto de publicidad manoseado, el texto griego lo tenías —¡Dios todopoderoso!— «en tu interior». Esta expresión la tomaba prestada de tu última carta. A partir de este momento —quizás porque comprendía



que, en tales circunstancias, yo era incapaz de seguir la lección—, todo se volvía confuso. Tú te dabas un aire a uno de mis antiguos compañeros de escuela (un joven por quien yo sentía un profundo afecto y que se pegó un tiro y que, me percató ahora, también se parecía ligeramente a la estudiante que traducía y comentaba los textos en tu clase), de modo que te transformabas y comenzaba un curso distinto, menos detallado, una lección de música que impartía un hombre joven pequeño, negro, con las mejillas sonrosadas. Se parecía a un pariente lejano mío, que en realidad (típico de mi postura ante la música) es químico y que probablemente esté loco.

Ése fue el sueño, notablemente indigno de tus enseñanzas. Me voy a tumbar ahora, para tal vez soñar con lecciones de manera más penetrante.

## 50

Si además añado que hace unos días besé a Werfel en sueños, caigo de lleno en el libro de Blüher<sup>5</sup>.

<sup>5</sup> Se refiere a la obra de Hans Blüher (1888-1955) sobre la homosexualidad *Die Rolle der Erotik in der männlichen Gesellschaft* (*El papel del erotismo en la sociedad masculina*) (N. del T.).

Sueño con la batalla de Tagliamento: una llanura, un río que en realidad ha desaparecido, numerosos espectadores que se agolpan alborotados, dispuestos a salir corriendo hacia delante o hacia atrás según lo exijan las circunstancias. Frente a nosotros, una meseta cuyos límites, alternativamente despejados o repletos de matorrales, se distinguen con claridad. Arriba, sobre la meseta, y más allá, combaten los austriacos. Hay tensión; ¿qué ocurrirá? Mientras tanto, y sin duda con el fin distraerse, la gente mira de vez en cuando a unos matorrales desperdigados por la oscura colina, detrás de los cuales hay uno o dos italianos abriendo fuego contra nosotros. Esto no tiene importancia, por mucho que nosotros hayamos echado a correr y recorrido ya un pequeño tramo. Luego, una vez más, la meseta: los austriacos corren a lo largo del límite despejado, se paran de golpe detrás de los matorrales, vuelven a correr. La situación es cada vez más crítica y la verdad es que no se entiende cómo podría ser de otra manera, cómo podría uno, que no es más que un hombre, derrotar a otros hombres con voluntad de defenderse. Gran desesperación, habrá que emprender la retirada. Entonces aparece un coronel prusiano que,

por cierto, ha estado todo el tiempo contemplando la batalla a nuestro lado, pero que ahora, al penetrar con calma extrema en el espacio repentinamente vacío, constituye una aparición novedosa. Se lleva dos dedos de cada mano a la boca y silba como si estuviera llamando a un perro, pero con cariño. Es una señal para su unidad, que ha estado esperando no muy lejos de allí y ahora emprende la marcha. Es la guardia prusiana: soldados jóvenes, silenciosos, no muchos, quizás sólo una compañía, todos parecen ser oficiales, al menos llevan sable largo y los uniformes son oscuros. Cuando desfilan frente a nosotros, lentos, compactos, con paso corto, mirándonos de vez en cuando, la naturalidad de ese caminar hacia la muerte es a un tiempo emotiva, noble y merecedora de victoria. Liberado por la intervención de esos hombres, me despierto.

## 52

Estoy tan impresionado, que he vuelto a soñar lo mismo. Sin duda, en este caso tu exposición trataba sobre algo relacionado con la botánica (díselo al profesor Kraus); tendías al público flores con forma de dientes de león o algo por el

estilo; eran ejemplares individuales de enormes proporciones, unos encima de otros, desde la tarima hasta el techo, que exponías ante el público. Yo no entendía cómo eras capaz de manejar todo aquello con tus dos manos. Entonces aparecía una luz desde algún lugar del fondo de la sala (la gente estaba disfrazada, una costumbre terrible y cruel, que se repite casi cada noche varias veces. Es un examen al que hay que someterse, los enmascarados guardan silencio para no ser descubiertos, dan vueltas por la habitación como si fueran los propietarios y hay que darles conversación y apaciguarlos) o tal vez de las propias flores, que entonces comenzaban a brillar. Yo hacía también algunas observaciones sobre el público, pero las he olvidado.

### 53

Querido Max, he soñado contigo recientemente, el sueño no contenía nada especial en sí mismo, es un sueño que tengo a menudo: cojo un palo o simplemente rompo una rama, la clavo en el suelo en sentido oblicuo, me siento encima igual que las brujas se sientan sobre las escobas o me apoyo sobre ella como uno se apoya sobre un bastón al pasear —y con eso basta

para que empiece a dar saltos sencillos y muy largos que me permiten volar libremente, arriba y abajo, como me apetezca—. Si el artillero volador se estropea no tengo más que tocar tierra y continuar volando. Como decía, tengo este sueño a menudo, pero esta vez tú estabas presente de algún modo, me estabas mirando o me esperabas, igual que aquella vez en las instalaciones del Rudolphinum. Sucede que me veo obligado a perjudicarte continuamente o, al menos, a acapararte. Lo cierto es que no eran más que tonterías: una de las veces perdía un pequeño bastón de hierro que te pertenecía y tenía que confesártelo, en otra ocasión te tenía esperando una eternidad mientras volaba, tonterías, como puedes comprobar —pero lo maravilloso era la amabilidad, la paciencia y la calma con las que las soportabas—. O bien —y con esta reflexión terminaba el sueño— estabas convencido de que, aun cuando parecía no suponer ningún esfuerzo para mí, en realidad me costaba mucho trabajo hacerlo, o bien te aferrabas a esa creencia como única explicación posible de un comportamiento que, de lo contrario, resultaba incomprensible por mi parte. Así que ni una sola vez has perturbado mi alegría nocturna con el más mínimo reproche.

Mientras sufres en tus sueños por culpa de tus pensamientos, yo viajo en los míos hasta Laponia montado en una troika. Así ha sucedido esta noche, aunque en realidad el viaje aún no había comenzado, estaban preparando la terna. El timón del carruaje era un enorme hueso de animal y el cochero me daba una explicación técnica bastante ingeniosa, aunque algo extraña, sobre el enjaezamiento de la troika. Prefiero no narrarla aquí en toda su extensión. Una resonancia vernácula llegaba hasta la región septentrional a través de mi madre, cuyo cuerpo o tal vez sólo cuya voz estaba presente, y que censuraba el traje nacional del hombre y explicaba que los pantalones eran de papel y de la marca Bondy. Aquello se transformaba en diversos recuerdos de los días anteriores, ya que algo judío estaba presente, también se hablaba del papel con el que estaba hechos los pantalones, también de un tal Bondy.

El elemento judío es una jovencita que ojalá esté sólo ligeramente enferma. Una imagen habitual y sorprendente. No judía, no no-judía, no alemana, no no-alemana, enamorada del cine, las operetas y las comedias, enamorada del maquillaje y los velos, poseedora de expresiones inagotables e incontenibles pertenecientes a la más desvergonzada de las jergas,

muy ignorante en términos generales, más divertida que triste —así es más o menos—. Si uno se preguntara por su pertenencia a un bando concreto, habría que decir que pertenece al bando de las chicas de barra, y que tiene un corazón valiente, que es sincera, que se olvida de sí misma, —cualidades magníficas en una criatura que ciertamente no carece de belleza física, pero que es tan insignificante como el insecto que revolotea buscando la luz de mi lámpara—. En eso y otras cosas, se parecía a la Sra. Bl., a quien tal vez recuerdes con desgana.

## 55

Últimamente he soñado contigo, aunque es cierto que indirectamente. Paseaba en carricoche a un gran bebé blanco y rosa (el hijo de un empleado de la compañía) y le preguntaba su apellido. Me decía: «Hlavatá<sup>6</sup>» (el apellido de otro empleado). «¿Y cómo te llamas?», le preguntaba también. «Ottla». «Pero si es exactamente como mi hermana. Se llama Ottla y también es *hlavata*», decía yo sorprendido. Lo decía sin maldad, naturalmente, incluso con cierto orgullo.

<sup>6</sup> En checo: terco, cabezota (N. del T.).

## 56

Hace poco volví a soñar con usted, un sueño largo del que apenas recuerdo nada. Durante la primera parte del sueño, yo estaba en Viena, eso es todo lo que sé; luego estaba en Praga, había olvidado su dirección, la calle y también la ciudad, todo, tan sólo recordaba el nombre de un tal Schreiber, pero no sabía qué significaba. De modo que la había perdido para siempre. Desesperado, ingeniaba diversas y agudas estrategias que, sin embargo, no sé por qué, nunca me llevaban a buen puerto y de las que sólo recuerdo una. Escribía en un sobre: «Milena», y a continuación: «Se ruega entregar esta carta a su destinataria, de lo contrario el Tesoro nacional sufrirá una notable pérdida». Con esta carta esperaba que el Estado pusiera en marcha todos sus recursos para encontrarla. ¿Ladino? No me lo tenga en cuenta. Sólo en sueños soy tan deplorable.

## 57

Esta mañana, poco antes de despertarme (es decir, poco después de haber conseguido dormirme), he tenido un sueño espantoso, o quizás



sea más acertado *aterrador* (afortunadamente, la sensación dejada por los sueños se diluye en seguida), un sueño espantoso, en cualquier caso. No obstante, debo dar las gracias al sueño por haberme permitido dormir un poco, nadie despierta de un sueño así hasta que su impronta no ha desaparecido por completo, e incluso entonces resulta imposible desprenderse de él, te agarra por la lengua y no te suelta.

El sueño se desarrollaba en Viena, la Viena que imagino cuando estoy despierto, cuando planeo una visita (en las fantasías propias de la vigilia, Viena no es más que una pequeña plaza tranquila, a un lado está tu casa, enfrente el hotel donde yo me alojaré, a su izquierda la estación del Oeste, donde llega mi tren, a la izquierda [*sic*] la estación de Francisco José, de donde parte, exacto, y en la planta baja de mi casa, en señal de cortesía, hay un restaurante vegetariano donde como, no tanto para alimentarme como para regresar a Praga con algo de peso. ¿Por qué te cuento todo esto? Lo cierto es que no forma parte del sueño. Es evidente que aún me da miedo). En el sueño, Viena era distinta, era la auténtica gran ciudad al anochecer, empapada, oscura, se podía apreciar vagamente un intenso trasiego; la casa donde yo vivía y la tuya estaban separadas por una larga extensión cuadrangular, sin duda un

jardín. Yo había llegado a Viena de repente, después de haberte enviado varias cartas que aún estarían en camino (lo cual me irritaba enormemente). En cualquier caso, tú sabías de mi llegada, debíamos vernos. Por suerte, no viajaba solo (lo cual curiosamente también me incomodaba), me acompañaba un pequeño grupo de personas, y una muchacha, creo, pero no la recuerdo con claridad, en cierto momento me sirven de escolta. Si al menos hubieran permanecido en silencio, pero no, hablaban sin cesar, sobre todo de mí, yo sólo escuchaba un murmullo que me ponía nervioso, pero no comprendía ni quería comprender una sola palabra.

Estaba a la derecha de mi casa, sobre el borde de la acera, contemplando la tuya. Era una casita baja, con un pórtico de piedra precioso y muy sencillo en la parte delantera que llegaba hasta el segundo piso.

De repente era la hora del desayuno, ponían la mesa bajo el pórtico, yo veía a tu marido desde la distancia, se acercaba, se sentaba en una silla de mimbre en el lado derecho de la mesa, aún estaba adormilado y se estiraba extendiendo los brazos. Después aparecías tú y te sentabas al otro lado de la mesa, de modo que se te veía de cuerpo entero, pero no en detalle, estabas demasiado lejos. La silueta de tu

marido resaltaba con mucha más precisión, no sé muy bien por qué, tú no eras más que un espectro blanquiazul, una figura líquida. También extendías los brazos pero no para espabilar, era una postura más bien solemne.

Al poco tiempo estábamos de nuevo en el anochecer del día anterior, de nuevo tú y yo juntos en la calle, en la acera, yo tenía un pie en la calzada, tú me dabas la mano; de pronto empezábamos a tener una conversación delirante, rápida, llena de frases cortas, perfectamente acompasada, una conversación que se extendió sin interrupción hasta prácticamente el final del sueño.

No sería capaz de reproducirla, la verdad es que sólo recuerdo las dos primeras frases y las dos últimas, el resto consistía en un único suspiro, no sé explicarlo mejor.

En lugar de saludarte y persuadido por algo que adivinaba en la expresión de tu rostro, te decía con rapidez: «Me imaginabas distinto»; tú contestabas: «Si te soy sincera, creí que estarías de mejor ver» (empleaste una expresión más vienesa, pero no la recuerdo).

Éstas fueron las dos primeras frases (ahora que caigo: ¿sabes que carezco de toda sensibilidad musical?, no he conocido a nadie en toda mi vida con una sensibilidad musical más deplorable), la verdad es que con ellas quedaba

todo dicho, ¿qué más podría pasar? Entonces comenzábamos a hablar sobre un nuevo encuentro en el futuro, tú con tus expresiones infinitamente vagas; yo con mis preguntas incesantes, insistentes.

Ahora se entrometían mis acompañantes, insinuaban que la razón por la que yo había venido a Viena era la de visitar una escuela de agricultura cerca de la ciudad, la verdad es que daba la impresión de que disponía de tiempo de sobra para hacerlo, era evidente que querían alejarme de allí por compasión. Yo me daba cuenta de todo, pero los acompañaba hasta la estación, probablemente porque quería impresionarte con mi decisión de partir. Llegábamos en grupo hasta la estación, pero de repente no me acordaba del nombre del lugar donde se encontraba la escuela. Nos deteníamos frente al panel de los horarios de trenes, alguien señalaba constantemente los nombres de las estaciones, preguntándome si se trataba de ésta o de aquélla, pero no era ninguna de éstas.

Mientras tanto, yo podía observarte un poco, aunque la verdad es que tu aspecto no me importaba lo más mínimo, sólo tus palabras. Parecías distinta, tenías la cara mucho más oscura que de costumbre, más delgada, alguien con las mejillas redondas no podría haber tenido un aspecto tan cruel (¿pero era realmente

cruel?). Para mi sorpresa, tu vestido y mi traje estaban hechos con el mismo material, era muy masculino y no me gustaba en absoluto. Pero entonces me acordaba de una frase en una de tus cartas (el verso: sólo tengo dos vestidos, pero estoy muy guapa), el poder que tus palabras ejercían sobre mí era tan grande que, desde ese mismo instante, el vestido me parecía precioso.

La escena tocaba a su fin, mis acompañantes seguían escrutando los horarios de trenes, nosotros conversábamos apartados. La última frase de la conversación decía algo así: el día siguiente era domingo; te resultaba incomprendible hasta la repugnancia que yo exigiera verte un domingo. Por fin cedías y, al parecer, me concedías un sacrificio de cuarenta minutos. (Lo terrible de esta conversación no eran, por supuesto, las palabras, sino el trasfondo, el absurdo más rotundo; además de tu argumento constante y silencioso: «No quiero ir. De modo que, ¿para qué voy a ir?»). Era incapaz de averiguar cuándo dispondrías de esos cuarenta minutos. Tú misma lo ignorabas. Le habías dado muchas vueltas, intencionalmente, pero no podías decirlo con precisión. Por fin, yo te preguntaba: «¿Entonces tendré que esperarte todo el día?». «Sí», decías, y te volvías hacia un grupo de personas que

te esperaba no muy lejos de allí. La respuesta significaba que no vendrías en absoluto, y que la única concesión que podías hacerme era permitir que te esperara. «No voy a esperarte», decía yo en voz baja, y como creía que no me habías oído y que aquél iba a ser mi único triunfo, lo repetía a gritos mientras te alejabas. Pero ya no te importaba, todo te daba igual. Regresé a la ciudad no sé cómo, tambaleándome.

## 58

Esta mañana he vuelto a soñar contigo. Estábamos sentados el uno al lado del otro y tú me apartabas sin brusquedad, amable. Yo me sentía muy desgraciado. No porque me hubieras apartado, sino por mí mismo, porque te trataba como si fueras una mujer cualquiera, una mujer silenciosa, sin percibir la voz que hablaba en ti, una voz que me hablaba precisamente a mí. O quizás no es que no la percibiera, sino que no podía contestar. Me marchaba aún más infeliz que en el otro sueño.

Anoche soñé contigo, la primera vez desde que estoy en Praga, si no me equivoco. Un sueño matinal, corto y denso, en cualquier caso un sueño robado a la mala noche. No lo recuerdo muy bien. Estabas en Praga, paseábamos juntos por la calle Ferdinand, más o menos a la altura de Vilimek, en dirección al río, nos cruzábamos con algunos conocidos tuyos, tú hablabas con ellos, es posible que habláramos de Krasa (sé que no está en Praga, averiguaré su dirección). Tú hablabas como siempre, pero había una carga imperceptible de rechazo en lo que decías, no muy evidente; yo no decía nada al respecto, pero me maldecía, de modo que únicamente expresaba la maldición que pesaba sobre mí. Después estábamos en un café, lo más probable es que se tratara del café *Unión* (que, además, nos cogía de camino), un hombre y una chica joven estaban sentados en nuestra mesa, pero no soy capaz de recordarlos; también había otro hombre que se parecía a Dostoievski, aunque más joven, con la barba y el pelo negros; tenía todos los rasgos muy marcados, las cejas, por ejemplo, y las protuberancias frontales. Después nos quedábamos solos tú y yo. Persistías en tu rechazo, pero no hablabas de ello. Tenías la cara maquillada

—detalle tan desafortunado y notable que no podía dejar de prestarle atención—, es más, la tenías maquillada de un modo torpe, grotesco, ridículo, hacía calor y se te habían formado unos dibujos sobre las mejillas, aún puedo verlos. Yo me inclinaba sobre ti una y otra vez para preguntarte por qué te habías maquillado; cuando adivinabas que te lo iba a preguntar, me lo impedías amablemente, diciendo: «¿Qué quieres?»: el tono de rechazo imperceptible. Pero no era capaz de preguntártelo, no me atrevía, aunque a la vez percibía que ese modo de empolvarte la cara era un signo decisivo para mí, un signo absolutamente decisivo: hubiera debido indagar más, quería indagar más, pero no me atrevía. Así me revoloteaba el triste sueño. El hombre que se parecía a Dostoievski también me hacía daño. Me trataba igual que tú, pero con una pequeña diferencia. Cuando yo le hacía alguna pregunta, se mostraba agradable, interesado, sincero, se acercaba a mí, pero cuando no tenía más preguntas que hacerle o ya no sabía qué decir —lo cual sucedía constantemente— se alejaba bruscamente, se sumergía en la lectura de un libro, se olvidaba el mundo exterior y sobre todo de mí, desaparecía detrás de su barba y su pelo. No sé por qué, pero aquello me resultaba insoportable, se repetía una y otra vez



—yo no tenía otra opción—, tenía que hacerle volver con una pregunta, pero siempre lo perdía, una y otra vez lo perdía, siempre por mi culpa.

## 60

Anoche asesiné por ti: un sueño absurdo, una noche pésima, pésima. No recuerdo prácticamente nada... Durante una conversación que ya no recuerdo, pero que implícitamente apuntaba a que cierta persona era incapaz de llevar a cabo cierta gestión, alguien, un pariente, decía con ironía: «Bueno, entonces tal vez Milena». En ese momento yo lo mataba, aunque no sé cómo. Regresaba a casa muy alterado, mi madre me perseguía corriendo de un lado a otro, también entonces teníamos una conversación parecida: finalmente, yo gritaba encolerizado: «Si alguien habla mal de Milena, aunque sea mi padre, lo mataré o me mataré». Luego me despertaba, aunque lo cierto es que aquello no había sido lo que se entiende por dormir ni lo que se entiende por despertar.

Anoche, en estado de duermevela, se me ocurrió que debería celebrar tu cumpleaños visitando todos los lugares importantes de tu vida. Sin esfuerzo alguno, de repente me encontraba en la estación del Oeste. El edificio era diminuto, imposible que hubiera mucho espacio en su interior, de hecho, un tren de alta velocidad acababa de entrar en la estación y uno de sus vagones se salía ligeramente del edificio porque no cabía dentro. Me inspiraba mucha tranquilidad ver a tres jovencitas (una de ellas con trenzas) enfrente de la estación, iban muy bien vestidas, aunque eran muy delgadas. Eran las encargadas de llevar las maletas. Comprendía entonces que tu actitud no era tan extravagante. Pero me alegraba que no estuvieras allí, al tiempo que me entristecía no verte. Para mi consuelo, encontraba una cartera pequeña que debía de haber perdido algún pasajero y, ante el asombro del resto de pasajeros que me rodeaban, comenzaba a sacar enormes prendas de vestir de su interior.

## 62

Anoche soñé contigo. No recuerdo los detalles, sólo sé que nos convertíamos continuamente el uno en el otro, yo era tú, tú eras yo. Empezabas a arder, no sé cómo. Yo recordaba que el fuego se apaga con ropas, cogía un abrigo y te sacudía con él. Pero entonces empezaban de nuevo las metamorfosis y tú ya no estabas allí, ahora era yo el que ardía, y también era yo el que sacudía con el abrigo. Los golpes eran inútiles y no hacían más que confirmar mi antigua sospecha de que así no se puede apagar un fuego. Mientras tanto, los bomberos habían llegado y te habían salvado. Pero ahora eras distinta, espectral, como dibujada con tiza en la oscuridad, y caías en mis brazos inerte o quizás tan sólo inconsciente de felicidad por estar a salvo. Pero también aquí operaba la incertidumbre de la metamorfosis, tal vez era yo quien caía en brazos de alguien.

## 63

Estos días, he leído en sueños un artículo tuyo en la *Selbstwehr*. Se titulaba «Una carta»: cuatro largas columnas y un lenguaje vigoroso. Era

una carta dirigida a Marta Löwy<sup>7</sup>, para consolarla de la enfermedad de Max Löwy. No comprendía muy bien por qué estaba en la *Selbstwehr*, pero me alegraba mucho de todas maneras.

## 64

Hoy he soñado contigo. El argumento del sueño, antes evocado, era el siguiente: estábamos los tres juntos y él hacía un comentario que, como suele ocurrir en sueños, me ha gustado muchísimo. Decía, en efecto, que el interés de la mujer por el trabajo y la persona de su marido era, no del todo natural o conforme a la experiencia, sino «probado históricamente». Distraído del caso particular por mi interés en el alcance general del problema, yo le respondía: «Lo contrario también».

## 65

Un sueño, un sueño breve mientras dormía poco y convulsivamente, convulsivamente me

<sup>7</sup> Prima de Kafka. Max es su hermano menor.

agarro a él, con una felicidad desmedida. Un sueño con múltiples ramificaciones, con conexiones múltiples en su interior que se hacían comprensibles todas a la vez, de golpe.

Tan sólo recuerdo el motivo central: mi hermano ha cometido un crimen, un asesinato, creo. Yo he participado en el crimen junto a algunos más. El castigo, la disolución, la redención se aproximan desde la distancia, crecen cada vez más, poderosamente, numerosos signos anuncian su incontenible llegada; creo que es mi hermana la que siempre advierte esos signos que yo recibo con exclamaciones dementes, la locura aumenta a medida que se van acercando. Eran exclamaciones breves, aisladas, tan repletas de significación que jamás pensé que pudiera olvidar su contenido, pero ahora no recuerdo ni una sola de ellas. No podían ser más que exclamaciones inarticuladas, porque hablar me costaba mucho esfuerzo. Para proferir una palabra tenía que inflar las mejillas y, al hacerlo, torcer la boca, como cuando a uno le duelen los dientes. Mi felicidad consistía en que el castigo llegaba y yo le daba la bienvenida con alivio, convencido, dichoso, un instante que debería conmover a los mismísimos dioses, pude sentir la conmoción de los dioses hasta el punto de que casi se me saltan las lágrimas.

## Listado de sueños

1. *Diarios*, 1910, sin fecha, primera página.
2. *Diarios*, 2 de octubre de 1911.
3. *Diarios*, 2 de octubre de 1911.
4. *Diarios*, 9 de octubre de 1911.
5. *Diarios*, 28 de octubre de 1911.
6. *Diarios*, 28 de octubre de 1911.
7. *Diarios*, 28 de octubre de 1911.
8. *Diarios*, 9 de noviembre de 1911.
9. *Diarios*, 19 de noviembre de 1911.
10. *Diarios*, 20 de noviembre de 1911.
11. *Diarios*, 8 de diciembre de 1911.
12. *Diarios*, 13 de diciembre de 1911.
13. *Diarios*, 16 de diciembre de 1911.
14. *Diarios*, 6 de mayo de 1912.
15. *Diarios*, 10 de julio de 1912.
16. *Diarios*, 15 de julio de 1912.
17. *Diarios*, 11 de septiembre de 1912.
18. Carta a Felice, 1 de noviembre de 1912.
19. Carta a Felice, 17 de noviembre de 1912.
20. Carta a Felice, noche del 6 al 7 de diciembre de 1912.
21. Carta a Felice, noche del 6 al 7 de diciembre de 1912.

22. Carta a Felice, del 3 al 4 de enero de 1913.
23. Carta a Felice, del 11 al 12 de febrero de 1913.
24. Carta a Felice, 4 de abril de 1913.
25. Carta a Felice, 11 de abril de 1913.
26. *Diarios*, 21 de julio de 1913.
27. Cartas a Felice, notas tomadas en Desenzano y adjuntadas a la carta del 6 de noviembre de 1913.
28. *Diarios*, 17 de noviembre de 1913.
29. Carta a Felice, 18 de noviembre de 1913.
30. *Diarios*, 21 de noviembre de 1913.
31. *Diarios*, 24 de noviembre de 1913.
32. *Diarios*, 13 de febrero de 1914.
33. *Diarios*, 13 de febrero de 1914.
34. *Diarios*, 2 de diciembre de 1914.
35. *El proceso*, 1914.
36. *Diarios*, 29 de septiembre de 1915.
37. *Diarios*, 3 de noviembre de 1915.
38. *Diarios*, 3 de noviembre de 1915.
39. Carta a Felice, 3 de marzo de 1915.
40. *Diarios*, 19 de abril de 1916.
41. *Diarios*, 20 de abril de 1916.
42. Tarjeta postal a Max Brod con matasellos del 5 de julio de 1916.
43. *Diarios*, 6 de julio de 1916.
44. Carta a Felice, 1 de octubre de 1916.
45. *Cuadernos en octavo*, séptimo cuaderno, 1917.

46. *Cuadernos en octavo*, séptimo cuaderno, 1917.
47. *Diarios*, 19 de septiembre de 1917.
48. *Diarios*, 21 de septiembre de 1917.
49. Carta a Felix Weltsch desde Zürau, mediados de octubre de 1917.
50. Carta a Max Brod desde Zürau, mediados de noviembre de 1917.
51. *Diarios*, 10 de noviembre de 1917.
52. Carta a Felix Weltsch desde Zürau, principios de febrero de 1918.
53. Carta a Max Brod desde Schelesen, enero de 1919.
54. Carta a Max Brod desde Schelesen, con matasellos del 6 de febrero de 1919.
55. Carta a Ottla, con matasellos de Liboch, 24 de febrero de 1919.
56. *Cartas a Milena*, 1920/1923.
57. *Cartas a Milena*, 1920/1923.
58. *Cartas a Milena*, 1920/1923.
59. *Cartas a Milena*, 1920/1923.
60. *Cartas a Milena*, 1920/1923.
61. *Cartas a Milena*, 1920/1923.
62. *Cartas a Milena*, 1920/1923.
63. Carta a Ottla, 17 de abril de 1920.
64. Carta a Ottla, 1 de mayo de 1920.
65. *Diarios*, 20 de octubre de 1921.





*Sueños*

es el quinto libro de la colección *La mujer cíclope*. Compuesto en tipos Dante, este texto se terminó de imprimir en los talleres de KADMOS por cuenta de ERRATA NATURAE EDITORES en marzo de 2010, un par de semanas después de que el editor de este libro, en visita casual al traductor de este libro, recibiera como sugerencia para el colofón de este libro el siguiente poema de Roberto Bolaño: «Soñé que la Tierra se acababa. Y que el único ser humano que contemplaba el final era Franz Kafka. En el cielo los Titanes luchaban a muerte. Desde un asiento de hierro forjado del parque de Nueva York Kafka veía arder el mundo».







